

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SANTA ISABEL DE HUNGRIA

# BOLETIN DE BELLAS ARTES

2.ª Epoca - Núm. VII



SEVILLA  
1979

## I N D I C E

### DISCURSOS ACADEMICOS:

JOAQUÍN BARQUÍN Y BARÓN. <i>La evolución de la arquitectura, el casco antiguo de Sevilla y el carácter de la ciudad</i> ... ..	11
ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS. <i>Discurso de contestación</i> ... ..	33

### DISERTACIONES CONMEMORATIVAS:

ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS. <i>Semblanza del escultor Lorenzo Coulleaut-Valera</i> ... ..	45
ENRIQUE PÉREZ COMENDADOR. <i>Memoria y homenaje a Lorenzo Coulleaut-Valera</i> ... ..	61
FEDERICO COULLEAUT-VALERA. <i>Evocación</i> . ... ..	73
JOSÉ VALVERDE MADRID. <i>Pedro Duque Cornejo, Proyectista</i> ... ..	77
JOSÉ GUERRERO LOVILLO. <i>El maestro imaginero Pedro Duque Cornejo</i> ... ..	85

### ARTICULOS:

SOR CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA. <i>El museo conventual de Santa Paula de Sevilla</i> ... ..	103
JUAN BASSEGODA NONELL. <i>Restauración de monumentos barceloneses durante el siglo XIX</i> ... ..	119
LUIS CERVERA VERA. <i>Mateo Vázquez y su adiestramiento de Secretario</i> . 133	133
JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ. <i>El sevillano Pedro Duque Cornejo en el barroco andaluz (1678-1757)</i> ... ..	191
JOSÉ VALVERDE MADRID. <i>Tres documentos sobre el pintor Antonio María Esquivel</i> ... ..	235
JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ. <i>In Memoriam. Murillo Herrera, Maestro universitario (1878-1978)</i> ... ..	241
CRONICA ACADEMICA ... ..	257

SOR CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA

## El museo conventual de Santa Paula de Sevilla

¡La verdad es que todo el monasterio de Santa Paula es un museo! En gran parte abierto al público. ¿Qué enamorado de la belleza de Sevilla no conoce sus compases? El de los locutorios, más recoleto, íntimo y sencillo, apoyado en lo que llamaríamos el pedestal de su espadaña y sobre todo el de la iglesia, tan atractivo desde su puerta de entrada, por el verdor de jardín que ofrece, en plena ciudad, por el acento oriental que le presta, sobre una torreta que parece musulmana un pequeño cimborrio dorado y el doblado abanico de las dos gigantes palmeras, con las que los cipreses, más granadinos que sevillanos (del carmen de "Los Mártires" procede su plantel), se han venido a avecindar.

## EL COMPÁS

Centra este compás, tan visitado, lo que es una joya de la ciudad, esa portada única de la iglesia de Santa Paula, mil veces reproducida. Adosada a sus muros, como si fuera un retablo preliminar, con todo el mimo de su fundadora, doña Isabel Enríquez, o de Aragón, viuda del condestable de Portugal, don Juan de Braganza, marqués de Montemayor, ambos de estirpe real. Se dan cita en esta obra los materiales y los estilos más diversos. Claro que la base es gótica, como fundada en los dorados tiempos de Fernando e Isabel. Dentro del arco apuntado, que enmarca su portalón y coronándolo, está el escudo de los reyes católicos sobre el águila de San Juan y le hacen escolta a ambos lados el yugo y las flechas, sus símbolos predilectos. El ladrillo y la cerámica conjugan aquí maravillosamente su enlace gótico mudéjar, pero es aún más original el rosario de siete medallones que van rodeando el arco, rodeados cada uno, a su vez, por una corona de flores y frutas entrelazadas. Manda el medallón central, que puede ser traído de Florencia y

del mismo Lucca della Robia, con el tema de la natividad del Señor; los demás, figurando parejas de santos, son obra de Niculoso Pisano, su discípulo, con su colaborador Pedro Millán. Como tales, de inspiración florentina o germánica. Hay en los dos ángulos superiores de la portada dos JHS y dos ángeles puramente góticos sobre un fondo azulado de dibujos renacimiento y ¡qué bella es la crestería, con su cruz presidencial, que presta como un dosel a todo el conjunto!

### LA IGLESIA

¡Digno acceso a una de las iglesias más sentimentales de Sevilla! Una tragedia política fue el fundamento de su erección. Después de la conspiración contra Juan II del duque de Braganza y de su cuñado el duque de Viseo, hermano de la reina doña Leonor, que costó a ambos la cabeza, huyeron de Portugal sus hermanos, el marqués de Montemayor y el conde de Faro, y se acogieron al amparo de los Reyes Católicos. A su servicio murió en Granada el condestable don Juan de Braganza, y la doliente viuda, sola en tierra extranjera, pero decidida a hacerse sevillana de por vida, quiso darle este último descanso en el destierro. Una exquisita iglesia conventual, donde ambos encontrarían su paz definitiva al arrullo de un coro de monjas, el de las jerónimas regidas por doña Ana de Santillán, también viuda y amiga espiritual de doña Isabel, consoladora de sus tribulaciones.

En el interior, a ambos lados del retablo mayor, se pueden contemplar las efigies tumbales de los marqueses, que primitivamente ocuparon un túmulo de piedra guarnecido de jaspe al pie del presbiterio. Y aún vino a hacerles compañía, en su tumba respectiva, don León Enríquez, hermano de la marquesa. Tapizaban su capilla fúnebre esos extraordinarios azulejos, en tono verde y azul oscuro, con unos reflejos metálicos que solo el paso de los siglos puede prestar. Todo es bello en esta iglesia, en la que la magia del tiempo ha fundido en uno los elementos más dispares. Desaparecieron los retablos de primera hora, pero quedan los laterales, del XVII, firmados por Alonso Cano y Felipe de Rivas, que presiden en sendas hornacinas las maravillosas imágenes sedentes de los santos Juanes, el bautista y el evangelista, obra cumbre de Martínez Montañés. Ya el gran retablo barroco y dieciochesco de José Fernando de Medinilla ha apagado sus oros para enmarcar mejor la grave

imagen policromada de Santa Paula, hecha para el retablo anterior, así como las altas imágenes de San Agustín y San Ambrosio. Pinturas isabelinas se han atrevido a colorear las nervaduras góticas de la bóveda que ampara al presbiterio y los mascarones y guirnaldas que quedaron encalados en la única nave. Dicen que ésta tuvo su artesonado mudéjar, el que lo sustituyó es obra de López de Arenas. En el fondo de la nave la gran reja claustral abre una perspectiva luminosa sobre el coro, con sus frisos y su banco corrido de azulejos en torno al majestuoso facistol. Grandes cuadros, de motivos religiosos, lo ennoblecen: una Virgen de Guadalupe de Correa, tocada al original en presencia del virrey duque de Alburquerque, una preciosa Inmaculada firmada en 1748 por F. Rodríguez, pintor madrileño del XIX, especialista en el tema, y sobre todo ese gran lienzo de San Jerónimo explicando las Escrituras a Santa Paula y a su hija, llamado "la disputa", que la mayoría de los expertos atribuye a Herrera el viejo, maestro de Velázquez. ¡La iglesia del monasterio, con todo su entorno, es ya un museo!

## LOS CLAUSTROS

¡Claro que se adivina, en el interior, algo que no es dado contemplar a todos! A través de la rejilla de un confesonario se puede atisbar la belleza del claustro principal, de principios del XVII, que monta su doble piso de arquerías sobre columnas de mármol blanco. Su resplandor de cal presta aún mayor colorido al alto friso de azulejos, fechados a principios del XVII, gloria de la cerámica sevillana. Lo invadieron, con su sabor mundano, sátiros, faunos y náyades, con otras fantasías renacentistas, que encuadran paños de figuras geométricas, en blanco, amarillo y azul. La serenidad arquitectónica del patio descansa en la fuente central: un gracioso estanquito de cuatro lóbulos en el que emerge la taza de mármol con su surtidor.

Apenas abarca la mirada, en diagonal, desde esa celosía del confesonario, el segundo patio mudéjar, de arcos en herradura y columnas nazaritas, que se liga con el anterior a través de un intercolumnio de columnas gemelas. ¡Quién diría hoy que, por el peligro de derrumbamiento, dada la excesiva anchura de estos vanos, que debieron sustituir a un muro de apoyo, hemos tenido que le-

vantar una a una todas estas columnas y afianzarlas con invisibles vigas de cemento, como se afianzaron los claustros altos con vigas de hierro! Ya, evitado el peligro, podemos recorrer tranquilamente, tantas veces al día, estos espacios conventuales, gozar de sus capillas, de sus escaleras, de su asomada a los jardines, de la biblioteca y de la sala capitular...

#### LA SALA CAPITULAR

Esta sí que se puede contemplar a gusto, desde el exterior de la clausura, gracias a la capilla que, en el compás de los locutorios, logramos construir para consuelo de nuestras hermanas externas, demasiado alejadas habitualmente de la iglesia y de su sagrario. Aquí tienen otro más íntimo, del que la comunidad disfruta en sus manifiestos y adoraciones eucarísticas. Nadie crea que esta capilla es nueva porque vino a decorarla ricamente un retablo del barroco granadino, refugiado temporalmente en lo que fue museo de "los Mártires" en la ciudad de los cármenes. En él se asientan bellas imágenes, antiguas y modernas, la de la Virgen del Rosario, que es una pura delicia, un San Jerónimo, de la escuela de Salzillo, que fue de nuestro monasterio de Cáceres, y esa difícil imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el que puso todo su amor el recién fallecido y excelente imaginero sevillano Sebastián Santos. A través de la gran reja lateral, asomada al altar de la capilla, puede el discreto visitante abarcar toda la nobleza del capítulo, tan dedicado a la Santísima Virgen y a honrarla en su mes de mayo. ¡Entonces sí que luce, entre flores y cirios, dentro de su retablo, verde y oro, la divina Pastora, vestida de gala, amparando a su Pastorcito y a los ovejas que le rodean! <sup>5</sup>. La sala, de noble viguería, es digna de la Señora, hay en ella cuatro primitivos, flamencos y castellanos, un muy decorativo "matrimonio místico de Santa Catalina" de Cavarozzi, ricamente enmarcado, otros cuadros, arcones, cómodas isabelinas y sillas de estilo que fue aportando, sin buscarlo ni pretenderlo, el pasar de las generaciones.

#### EL MUSEO

Ante el interés artístico de nuestra casa, siempre dábamos vueltas a cómo favorecer mejor la visita turística que en Santa Paula

nunca falta y la rodea de simpatía, atrayéndole maestros en la materia, nacionales y extranjeros. Nos impulsó a ello en 1968 la sentida muerte de la duquesa viuda del Infantado que, por tener en él a su hija, tanto favoreció al monasterio con regalos de piedad y de arte. Vino entonces a aumentar nuestro acervo una parte, aunque mínima, de la abundante colección que los duques habían reunido en sus largos años de vida.

Don Joaquín de Arteaga-Lazcano y Echagüe, Almirante de Aragón, duque del Infantado, marqués de Santillana, Valmediano, Ariza, Estepa y otros títulos, y su esposa, doña Isabel Falguera, Moreno, Lasa y Moscoso de Altamira, condesa de Santiago, coincidieron en el amor al arte y sobre lo que ambos heredaron, por cada parte, fueron aumentando sus colecciones día a día, adquiriendo obras notables, no solo en España sino en sus viajes por Europa.

¿Dónde situar estas piezas, en su mayoría (como seleccionadas para nuestro ambiente) de arte religioso? ¿No era pena enclaustrarlas? ¿No merecían ofrecerse a la contemplación de la ciudad, con ese sentido hospitalario que caracteriza a nuestra Orden?

Este fue el motivo que nos decidió a ampliar nuestro circuito turístico del exterior, instalando un pequeño museo, adaptado a las reglas de la clausura, dentro de nuestros muros.

Disponíamos de un amplio salón —que llamamos de San Isidoro— y que fue la iglesia primitiva del monasterio, comprada por su fundadora doña Ana de Santillán a los jerónimos de Buenavista, a quien se la legó el abad de Jerez. Una sala verdaderamente noble, con su artesonado mudéjar del xv, que aún conserva en la apoyadura cartelas con el JHS de los reyes católicos. Tenía varias ventanas bajas con su reja y una puerta, enrejada también, dando a la galería alta del claustro y que permitía gozar de su vista, aun sin entrar en él. Paralela a esta gran nave, si bien de nivel inferior, había otra más chica y descuidada, “los trojes”, según la tradición donde se guardaba el trigo, cuando el convento tenía cortijos que le robó la desamortización. Estaban muy malos los palos inclinados de su techumbre, era cuestión de reemplazarlos y de ensanchar sus ventanucas, dando al compás de los locutorios, por donde penetraría una buena luz. Por un cuarto inmediato, convertido en trastera, había posibilidad de dar acceso hacia la nave principal y hacia el exterior.



Acudimos con nuestros deseos a la pericia arquitectónica y al gusto artístico de don Rafael Manzano Martos, arquitecto de Bellas Artes, que, a base de columnas y barandas antiguas, nos trazó una original escalera, bastante fina, que sube recta desde el compás hasta la puerta de entrada del museo, cobijada por los dos cipreses gemelos que plantó un día la buena voluntad de nuestro ayuntamiento. Embelleció el conjunto poniendo cuatro celosías voladas a las ventajas de los antiguos trojes.

#### ANTESALA Y VESTÍBULO

Una pequeña antesala interior, apenas abierta la puerta, dio paso a un gracioso vestíbulo de ambas naves que, valiéndose de una breve escalera, de madera y azulejos, asciende a la principal y aun da entrada, por una estrecha galería con balaustres, al mismo coro alto, ambiciosa de incorporarlo al museo.

Fue grato y entretenido el ir decorando este conjunto y dándole su especial acento. Una preciosa serie de grabados del Escorial (cuando lo poblaban los jerónimos) acoge al visitante. A sus pies hay un banco tallado, de alta testera, que rematan motivos de la letanía en hierro forjado. Todo ello regalo del coleccionista granadino don Antonio Dalmases Megías, que tanta parte toma en las restauraciones de la Orden.

¡Que bien cose en esta entradita la Virgen María en una escena familiar de escuela sevillana que atribuimos a Enrique Garzón, discípulo de Murillo! San José trabaja en su mesa de carpintero mientras el Niño Jesús y San Juanito juegan, sentados en el suelo, con una cruz, bajo la mirada complacida de María. Las clarisas de Sanlúcar de Barrameda poseen, dividido en dos cuadros, este mismo tema, firmado por el antedicho pintor.

El vestíbulo lo preside una Virgen de Guadalupe, la mejicana, con su clásica efigie, debida a Páez, discípulo de Correa, uno de los artistas más apreciados en aquella tierra. Debajo de ella un arconcito vasco muy bien tallado. A su mano izquierda una tabla de la crucifixión que debimos a don Antonio Heredia, decorador en Córdoba, que quiso contribuir generosamente a nuestro museo. A su derecha, la vitrina que alberga nuestros tradicionales ornamentos, habitualmente un terno rojo, ajedrezado, que bordaron los jerónimos en su mejor época. Sobre la misma un lienzo apaisado figurando los azotes de los ángeles que sufre San Jerónimo, al par que dos

angelitos espantados rompen, a toda prisa, esos libros profanos causantes del castigo.

#### LA NAVE MENOR

Procede entrar primero en la nave secundaria, tan inmediata. El arquitecto quiso dejarle su techo inclinado, por respeto a su estilo, lo que favorece la iluminación de sus cuadros. La centra una gozosa Inmaculada de Mateo Cerezo, discípulo de Carreño, rodeada de numerosos ángeles y rica en suaves azules, que adornaba devotamente el dormitorio de la duquesa en su casa de Sevilla. A sus lados hay dos buenos bodegones de flores con un motivo central: la Virgen y Santa Ana y el encuentro de Eliezer con Rebeca. La testamentaría ducal los atribuía a Bartolomé Pérez, de la escuela sevillana, yerno de Arellano, ambos solían colaborar en este género de lienzos, pero el profesor Valdivieso, tan especialista en la materia, reclamó últimamente para que figurara en la exposición de "Rubens y sus discípulos" el magnífico ejemplar de "el encuentro" que, por la indumentaria de los personajes y la calidad de las flores, cree de origen flamenco, posiblemente del pintor François van Everbroeck.

Regalo particular del duque, en vida, fue el San Jerónimo de Ribera, en el que destaca la poderosa cabeza. Hay, al otro extremo, un lienzo de inspiración canesca en el que San Juan evangelista escribe su apocalipsis y divisa a la mujer que pisa la luna, vestida de sol. Las dos consolas sostienen bellas imágenes conventuales: un nacimiento atribuido a Cristóbal Ramos, un Niño desnudito que duerme sobre una calavera. También las dos vitrinas encierran recuerdos del monasterio: misales encuadernados en terciopelo rojo con cantoneras de plata, sacras que ya no se usan, un Niño Jesús vestido de turco y encadenado que presidía las misas petitorias de nuestras abuelas por los cautivos cristianos. Se han otorgado honores de museo al tenebrario dieciochesco, excluido ya de la liturgia, de elegante línea, en blanco y oro, que separa a ambas vitrinas. En la mayor, sobre el fondo de una hermosa capa pluvial, con San Jerónimo en imaginería, merece contemplarse el San Juanito de José Risueño (1665-1732), una encantadora figura infantil que movió a don Antonio Dalmases a confiarnos en depósito su "ángel de la guarda", rodeado de una orla de flores, obra exquisita del mismo artista granadino, maestro en pintura y escultura. El amplio estu-

dio que le dedicó Domingo Sánchez Mesa Martín reproduce y cataloga ambas piezas, que no son corrientes.

La reja que parte la nave, al fondo de la misma, acrece el sentido conventual de esta sala y le da carácter de locutorio. A través de ella vemos una consola filipina, color caramelo, sobre la que luce un retrato original del venerable don Juan de Palafox y Mendoza, el famoso obispo de Puebla de los Angeles y de Osma, hijo del marqués de Ariza. El lienzo de la Virgen de la Paloma, con su hermoso marco, y la puerta, en verde y oro, que da a una tribuna de la capilla de las externas, proceden de las mínimas de Archidona, pusimos sobre esta última un primoroso cuadro de San Jerónimo, dentro de un marco, dorado y tallado a estilo granadino, donativo de los tres hermanos Rodríguez Gómez, afamados coleccionistas de la ciudad de los cármenes. Nos vuelve a Sevilla el retrato del Cardenal de Solís, que fue su arzobispo, de medio cuerpo, sentado en el inevitable sillón de terciopelo rojo, copia de Battoni, por J. Rub.º, año 1774, con moldura dorada y copete de la época, restaurador del convento de Santa Rosalía, fundado para las capuchinas por el arzobispo don Jaime de Palafox y Cardona, su había sido víctima de un incendio.

#### LA NAVE PRINCIPAL

Cuando se deja esta sala, en la que predomina el paso del xvii al xviii, y se suben los escalones del vestíbulo para entrar en el salón que fue iglesia, el corazón se ensancha e impresiona. Porque esta nave se esponja también al asomarse repetidamente al claustro luminoso, todo blancura, con sus arcadas serenas y su sobria balaustrada que dejan ver, allá en el fondo de la otra galería, el desarrollo de una gran escalera, enriquecida por su friso de azulejos y presidida por la imagen de Cristo crucificado que llamamos del Amor.

Como ya las leyes de la clausura papal no exigen la doble reja, creímos conveniente robar una de las del coro bajo, de hierro forjado y gran estilo, para que esta nave principal del museo pudiera convertirse en sala de conferencias y la comunidad misma tuviera lugar hábil para escucharlas con provecho. Lo que ha dado al local movilidad y gracia.

La parte enclaustrada del recinto se adorna muy piadosamente con un retablo de azulejos, en hornacina, reproducción de otros

antiguos, del monasterio, fondo para un buen calvario sevillano. Los soles de la mesa de altar son de nuestra iglesia y auténticos.

A ambos lados del retablito, de mucho colorido, hay un San Antonio de escuela murillesca y un San Félix de Cantalicio, recibiendo de rodillas al Niño Dios que va a entregarle la Virgen. Se atribuye a Antolínez, pintor de la escuela madrileña.

Dos monumentales armarios, que vinieron del palacio de Lazcano (Guipúzcoa), abrigan este amplio locutorio y sirven para guardar las figurillas del nacimiento y otros objetos del menester monástico. Hay en toda la sala, dentro y fuera de la reja, tacas, arcones, mesas, fraileros de estilo español, procedentes también de Lazcano, de Madrid o del castillo de Viñuelas, que aquí toman un tono de seriedad conventual.

Sobre ellos, enriqueciendo las paredes, sencillamente encaladas, hay una "adoración de los pastores", de 306 por 202 cm., de Ribera, que, si mal no recuerdo, compró el duque en Sevilla al anticuario Pintado. La luz que brota del Niño ilumina a su Madre y acentúa el tenebrismo en el que sobresalen San José y los pastores. Prestan buena vecindad a Ribera, que fue su discípulo, dos Ribalta: un San Francisco de Asís en oración y un San Vicente Ferrer predicando con esa vehemencia que le valió el título de "ángel del juicio". Impresionante el Cristo crucificado, de tamaño natural, que Guinard, después de estudiarlo detenidamente, encontraba digno de Zurbarán, pero que otros críticos, fijándose en la verticalidad de los brazos, en la sobriedad del paño, atribuyen más bien a Alonso Cano o a Bocanegra. Menos dramático, pero elegante, el San Miguel Arcángel firmado por Eugenio Caxés, uno de los pintores de Felipe IV, hijo del arquitecto florentino de este nombre. De interés para la Orden, en la pared opuesta, que da al claustro, el retrato, posterior al biografiado, de Fray Lope de Olmedo, general un tiempo de los Jerónimos, después fundador de una rama disidente de ermitaños que volvieron al tronco a influjo de Felipe II. Fue también fundador, a ruegos del duque de Medinasidonia, del monasterio, antes cisterciense, de San Isidoro del Campo en Santiponce. Este cuadro, procedente de la colección de don Luis Ibarra, se lo trocamos a su sobrina doña Isabel por un hermoso bodegón adquirido por el duque en Alemania. Nos interesaba el monje y ella prefería las flores para su comedor de Jerez.

La sala se ha ido enriqueciendo sucesivamente. Aún podríamos citar el San Blas, de pontifical, antiguo lienzo del monasterio, que

parece pertenecer a una serie zurbaranesca y recuerda al San Agustín, del maestro, en la colección Valdés, de Bilbao (antes en el convento de San Agustín, de Sevilla). Compra amorosa de la duquesa Isabel fueron los bustos del Ecce Homo y de la Dolorosa, de Pedro de Mena, piezas básicas que han visto llegar después a un Niño montañésino, regalo de un donante que reserva su nombre, y a otras imágenes menores situadas en las vitrinas.

Vamos a detallarlas. Destaca en el centro de la principal el modelito de San Juan Evangelista que Alonso Cano dejó esbozado para la hornacina de su altar cuando tuvo que salir hacia Madrid como escultor y pintor de cámara del conde-duque de Olivares. En su ausencia, Montañés recogió el encargo. La cabeza es preciosa, la mano, que debe ser un arreglo posterior, desfigura el conjunto. Se avecina con una Inmaculada de celestial expresión, digna del mismo autor, que es prenda de nuestro gran expositor de jueves santo, y con un San Antonio, joya delicada de una gran época. Los relicarios, de gran prestancia escurialense, pertenecieron, según la tradición local, al monasterio de San Jerónimo de Buenavista. El alto-relieve en barro del Ecce Homo se atribuye a los hermanos García.

Si nos fijamos en la vitrina chica, la llena casi toda una deliciosa Santa Ana, adoctrinando a la Virgen, coronadas ambas de plata y revestidas de un lindo fanal. A sus lados otra imagencita de la Inmaculada y un San Antón de la escuela valenciana, diminuta presencia de una gran imagen. Con devoción y amor hemos ido combinando lo grande y lo chico y no se puede abandonar esta sala sin detenerse a contemplar, sobre el arcón presidencial del fondo, ese relicario, con angelitos de bronce sosteniendo una urna, que fue regalo de doña Mariana de Austria a las comendadoras de Santiago de Madrid.

## EL CORO ALTO

Aún no han dicho: basta, nuestras ilusiones. Quisiéramos incorporar al museo la amplitud majestuosa de nuestro coro alto. Sus vigas de asiento, cuarteadas en parte, no daban la debida seguridad para una entrada de turismo. La dirección general del Patrimonio Artístico ha venido en nuestra ayuda colocando invisibles vigas de hierro que refuerzan la nave de la iglesia y atornillan las venerables vigas de madera que no podían ya soportar solas sus amplias luces. Cuando se acabó el presupuesto hicimos el esfuerzo de con-

tinuar la obra, de encargar a Morón la solería de ladrillo, en el tono exacto del friso antiguo. Falta ese blanqueo primoroso que las mismas monjas, expertas en el caso, no quieren confiar a nadie; falta terminar la restauración de algunas piezas a exhibir. El coro, de por sí, dadas sus bellas proporciones, bajo su espléndido artesonado de López de Arenas, con sus paños de celosías que miran a la iglesia, es una pieza visitable.

Le da aspecto de oratorio el altar central, dedicado a un gran Cristo, de inspiración cuasi gótica, tan venerado por la comunidad, a la que ha concedido innumerables gracias, que ella le llama el Cristo de las misericordias. Es curioso que nunca le faltan lámpara de aceite, enviado por agradecidos devotos, que jamás lo han visto, pero que han experimentado sus favores a través de las súplicas de las monjas.

De antiguo atesora el coro, en sus paredes laterales, dos vitrinas de gran interés. La que se apoya en el interior del convento contiene un curiosísimo nacimiento, de un barroco desenfrenado. Bajo la bendición del Padre eterno y de una fila de ángeles que sostienen las cartelas del "Gloria in excelsis Deo" se representan todos los misterios que rodean al de la Encarnación del Verbo: la anunciación, la visitación, la adoración de los reyes mayos, muy engolados, a lo Felipe III, sobre sus caballos españoles. Tiene escenas de arte popular, con sabor velazqueño, no le falta siquiera la visión lejana de Adán y Eva, objeto de la promesa del Mesías, a quienes un ángel, de espada desenvainada, arroja del paraíso y de la fuente de la vida.

En el muro opuesto, que da al compás de la iglesia, se excava la que abriga un retablito primoroso de Alonso Cano, con pinturas e imagencitas de un calvario, modelo, según don José Hernández Díaz, de algunas de sus grandes esculturas: la Santa Teresa del Buen Suceso, el Cristo del amor, un San Juan Evangelista, en el que se inspiró Sebastián Santos para hacer el Sagrado Corazón de nuestra capilla. Hemos refugiado en él los relicarios del convento, piezas frágiles y venerables.

Quedan aún vitrinas para el San Juanito de Astorga, de tamaño natural, reproducción, según dicen, de un hijo del artista, o para el San José que sale en su fiesta, montado sobre una predela, envidriada, que nos deja ver el taller del carpintero y a la Virgen co-siendo sentada en una sillita chipendal, en tanto que su Hijo ayuda al patriarca en la tarea.

Una vez instalado el coro alto en plan museo, irá pidiendo sus objetos. Hay espacios donde poner urnas de niños gloriosos o lloradores, hay paredes donde situar cuadros de gran tamaño; ya son suyos el "del primer instante", una Inmaculada del siglo pasado y una Santa Bárbara de buena postura. Le darán calidad, sobre todo, la Sagrada Familia, de tamaño mayor que el natural, de Juan de Sevilla y un impresionante San Jerónimo penitente, arrodillado, con la piedra en la mano y el león a su vera, obra muy fuerte de Antonio de Pereda cuyo centenario celebramos.

Por cierto que tiene su anécdota este cuadro. Cuando, a punto de romper la revolución en Madrid, salió de allí la duquesa del Infantado, dejando en su casa tantos recuerdos, tantas obras de arte amenazadas, se acordó de que las jerónimas le contaban que el león de San Jerónimo guarda sus casas y más de una vez, según nuestras viejas crónicas, salió al encuentro de ladrones desaprensivos espantándolos. Sin pedirle esta aparición terrorífica, ella se acercó, a última hora, a encomendar al santo la custodia de su casa del Prado 22, con todo lo que contenía. La verdad es que no ardió de milagro durante la guerra. Lindaba por una terraza, que coronaba a la capilla, con el noviciado de las Hijas de la Caridad, entonces depósito de explosivos, que sometido a bombardeo se convirtió en formidable incendio. Ya se acercaban las llamas al "palacio árabe", como le llamaban, cuando los vecinos de la calle Lope de Vega avisaron que en la terraza había un grifo, con el que se regaban las macetas, y el fuego pudo detenerse en la linde. Fue también tan eficaz el servicio de Bellas Artes, trasladando cuadros y objetos a museos oficiales, que no sólo quedó íntegra la casa sino que se recuperaron hasta los ceniceros de plata. ¡Quiera San Jerónimo, en su efigie de Pereda, seguir guardando nuestro monasterio para gloria de Dios y del arte patrio!

#### COLOFÓN

Nosotras, con mucho menos pasaríamos. Con unas celdas individuales para el retiro, una buena sala de labor, un coro para alabar al Señor noche y día y orar por el mundo entero, talleres dedicados al trabajo, el indispensable refectorio y sus oficinas, espacios de respiro donde cultivar flores y recrear el alma, todo ello sencillo y funcional, tendríamos bastante, con mucho menos esfuerzo, si no nos hubiera cargado de historia y de arte el paso de los siglos.

Ya no podemos desentendernos de esta herencia un tanto gravosa. Es una responsabilidad ante la iglesia y ante la ciudad el mantener, en la mejor forma posible, esas reliquias en las que el pasado soñó hacerse presente al porvenir. ¡Va destruyendo tantas cosas esta civilización nuestra, de bancos, bloques y fábricas que todo lo invaden y arrasan! Quizá con el tiempo y al ritmo actual no queden en Sevilla y en otras ciudades andaluzas, que los vieron florecer, más patios que los que llamamos claustros en nuestro lenguaje conventual, únicos restos de los que eran exponente de su hermosura y de su vida. No hay ya servicio doméstico que afronte su cuidado, las monjas, en cambio, con la alegre penitencia del trabajo, en nuestra tarea del sábado, no dejamos rincón por limpiar. No salimos a diversión alguna y nuestro recreo, en el enmurado ámbito vital que nos circunda, es ver resplandecer de nitidez y blancura la casa del Señor que nos alberga en nuestro paso hacia él por la vida terrena. A su sombra transcurren nuestros días y en ella esperamos descansar en la paz cuando el alma vuela hacia la inmensidad de un mundo mejor.

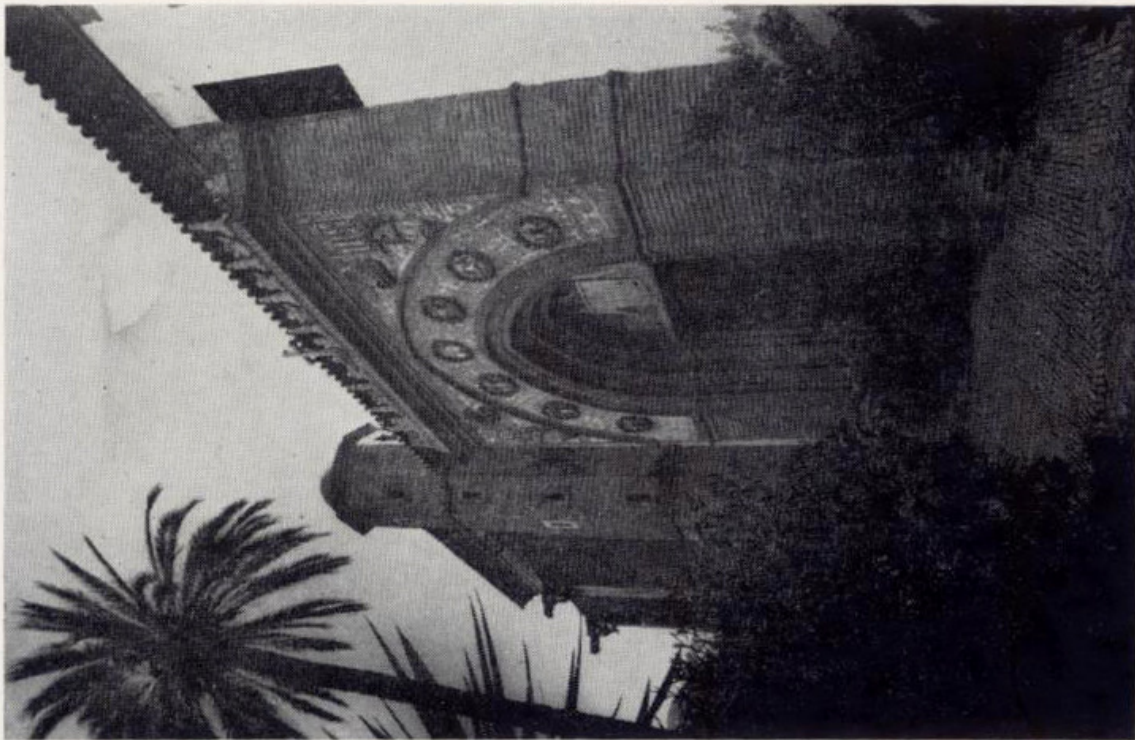
Pensando en Sevilla y en cuantos vienen a visitarla y se encantan acercándose a nuestros seculares monasterios, que tanto la embellecen y amparan, se nos hace gustoso el sacrificio. Cuántas veces, cuando tenemos hechas nuestras economías del fruto del trabajo en el obrador de dulces de *ORA ET LABORA* o en el taller litúrgico, que no cesa de recibir encargos para el servicio del altar, y soñamos con enriquecer, por ejemplo, nuestra biblioteca o los ornamentos de la sacristía, viene el cuartearse de un muro o el derrumbamiento de un tejado a llevarse de cuajo nuestras ilusiones. Cumple aquí el agradecimiento al Estado, que en momentos difíciles, a través de la Dirección General de Arquitectura, de la del Patrimonio Nacional, Cultural y Artístico, o del Gobierno Civil, nos auxilió en lo que pudo, sabiendo que, por nuestra parte, poníamos cuanto estaba en nuestras manos para completar su ayuda.

En estas casonas seculares no se acaba nunca, precisan una atención constante. Esperamos que la solicitud de las generaciones venideras mantenga siempre en vela este espíritu de conservación restauradora con el que las promociones últimas repararon tantos estragos del tiempo y tuvieron, gracias a Dios, la ocasión de crear en el viejo cenobio sevillano el museo conventual de Santa Paula.

SOR CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA, O.S.H.

\* Las ilustraciones son original de D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> de los Angeles Ruiz, Vda. de Bernal.





Lám. I.—Portada de la Iglesia del Monasterio de Santa Paula.



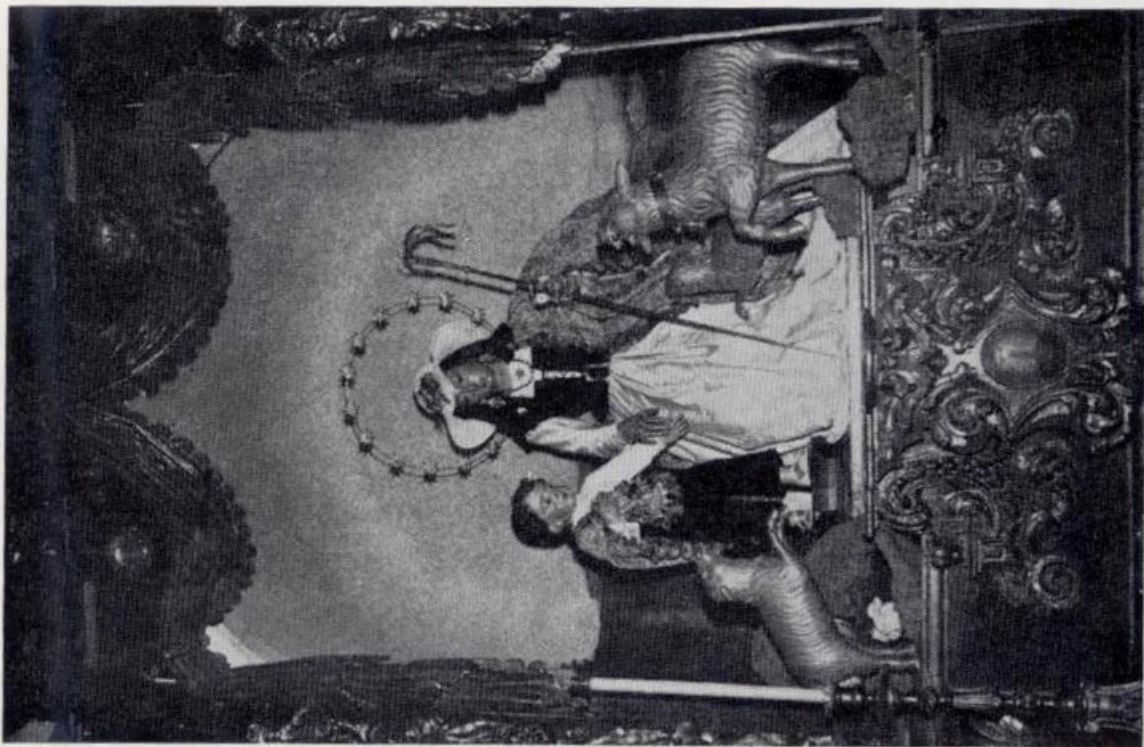
Lám. II.—F. Rodríguez Inmaculada.



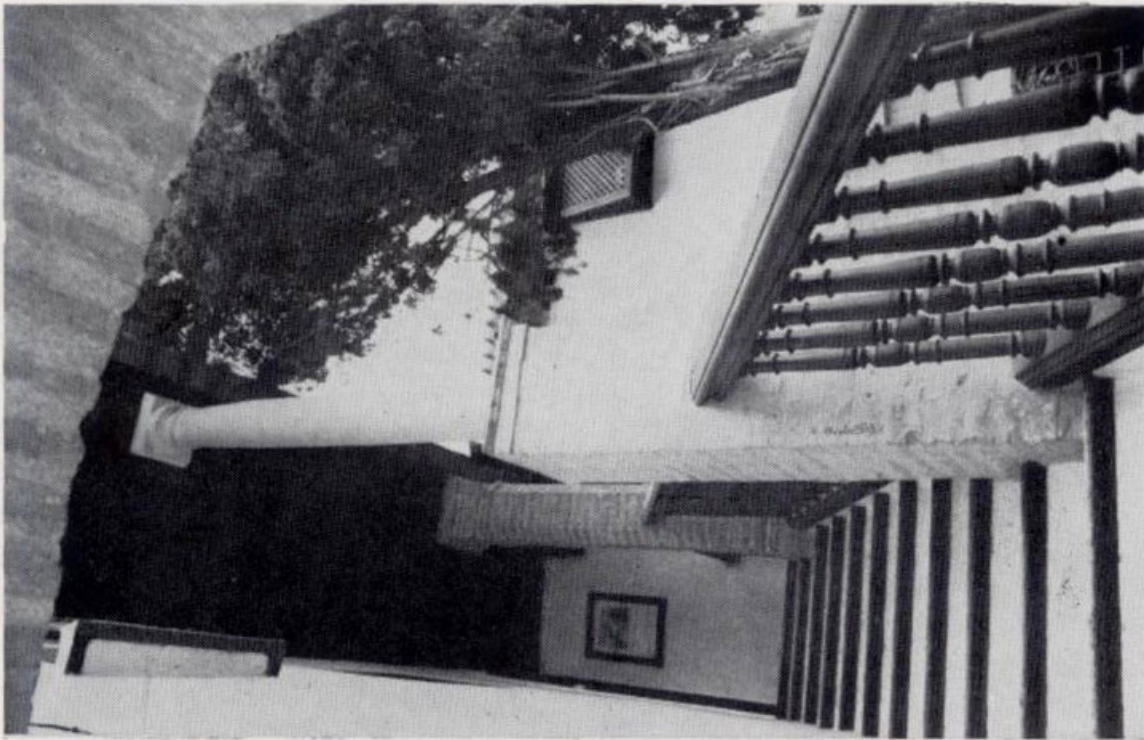
Lám. III.—Vista de los Claustros.



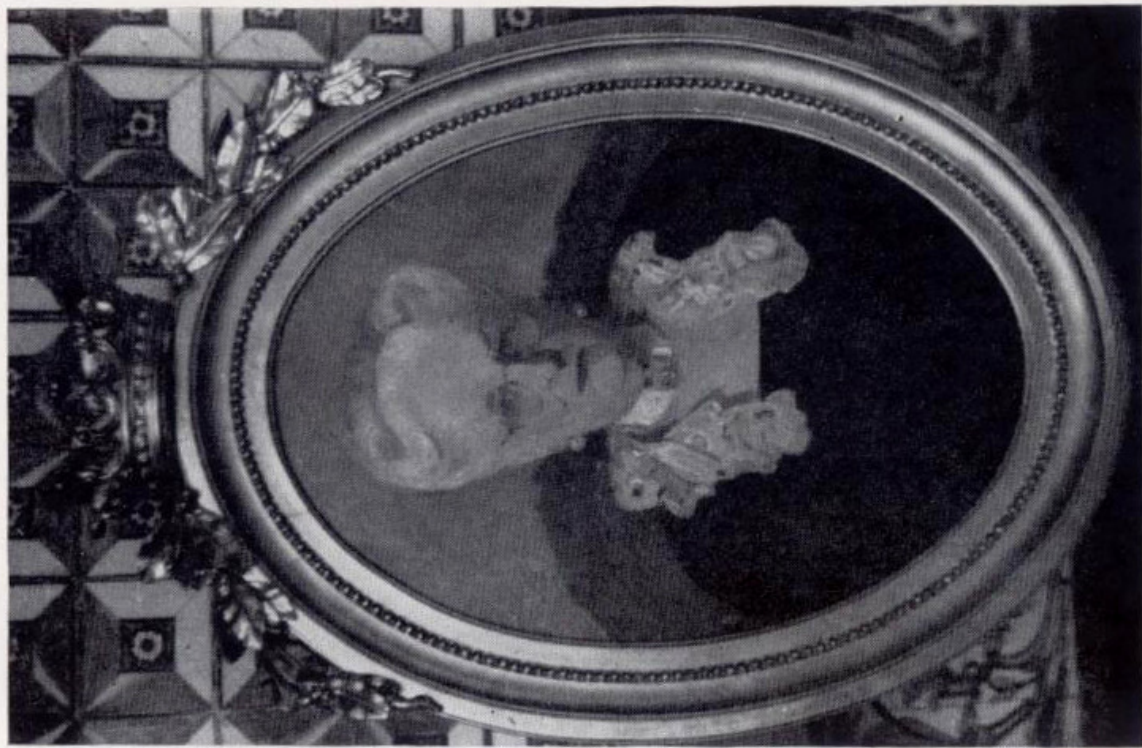
Lám. IV.—Virgen del Rosario S. XVIII.



Lám. V.—Divina Pastora (Sala Capitular).



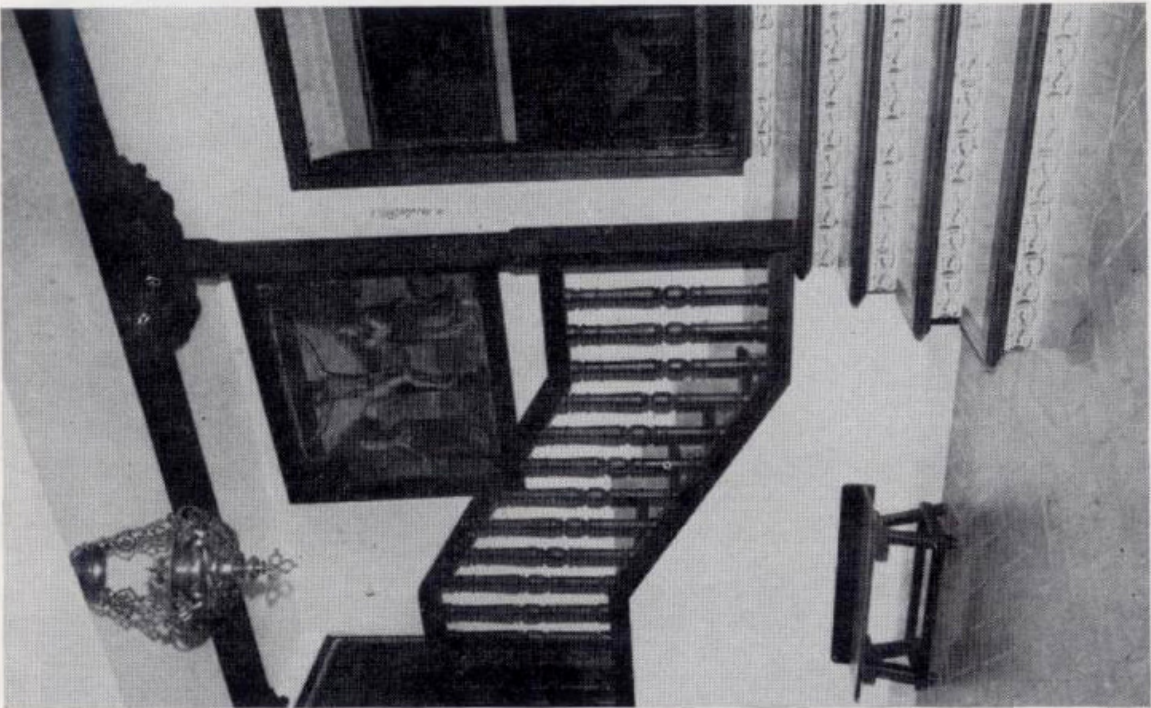
Lám. VI.—Escalera de Subida al Museo.



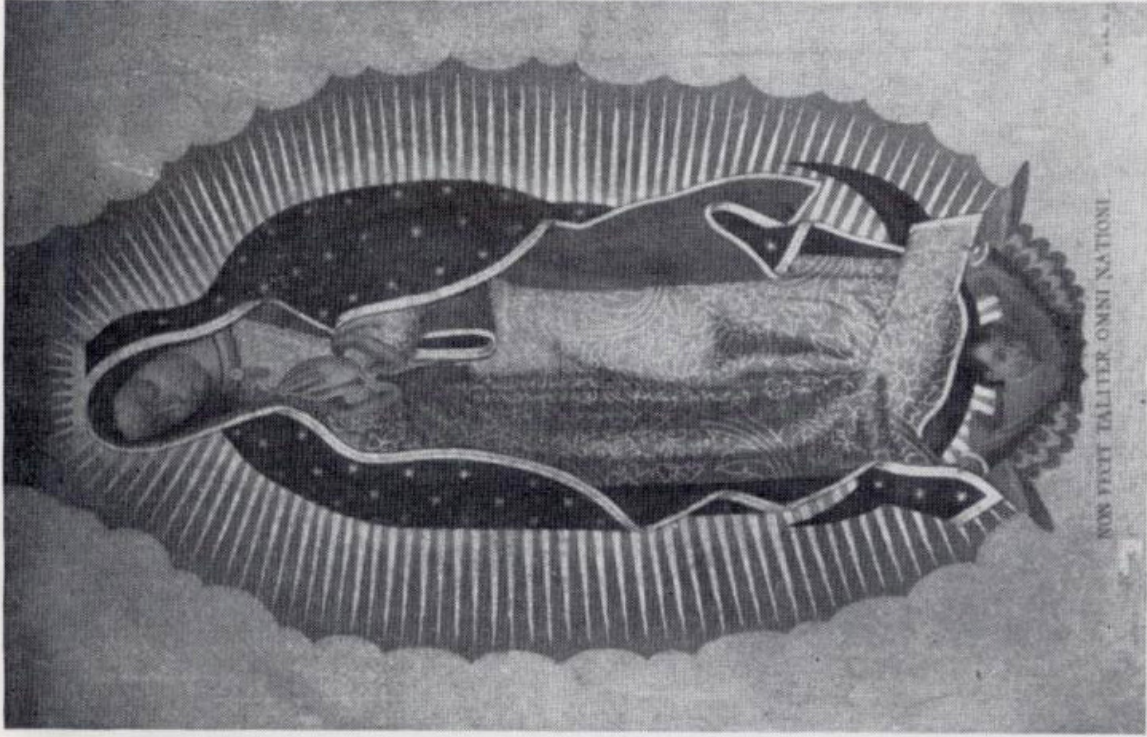
Lám. VII.—F. Soria Aedo. La Duquesa del Infantado,  
Condesa de Santiago.



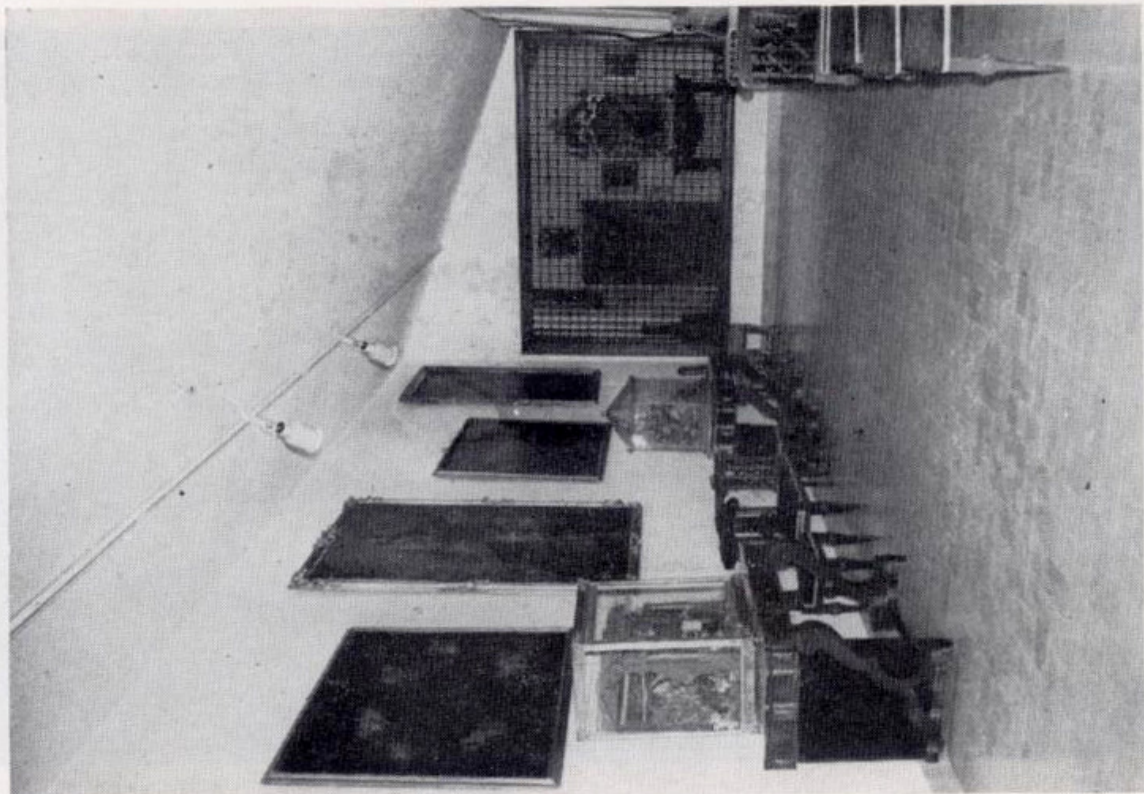
Lám. VIII.—F. Soria Aedo.  
El XVII Duque del Infantado.



Lám. IX.—Vestíbulo del Musco.



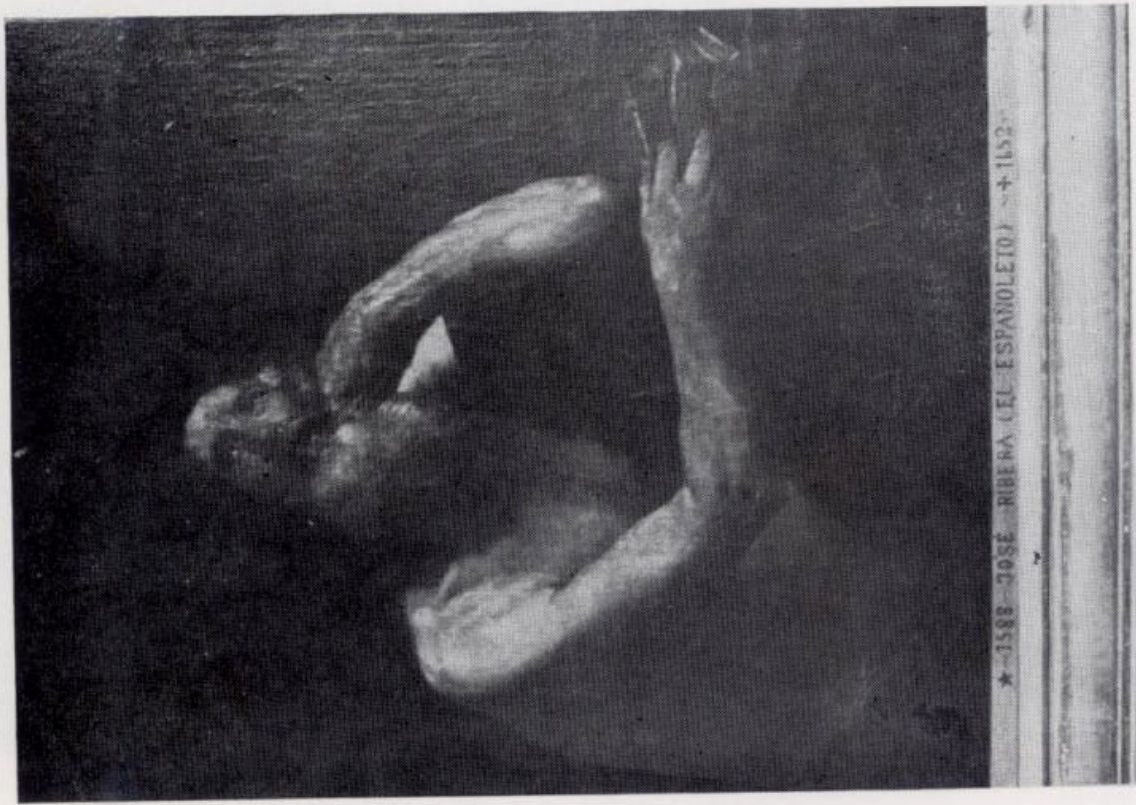
Lám. X.—Virgen de Guadalupe (Escuela mejicana).



Lám. XI.—Vista del Museo.



Lám. XII.—Mateo Cerezo. Inmaculada.



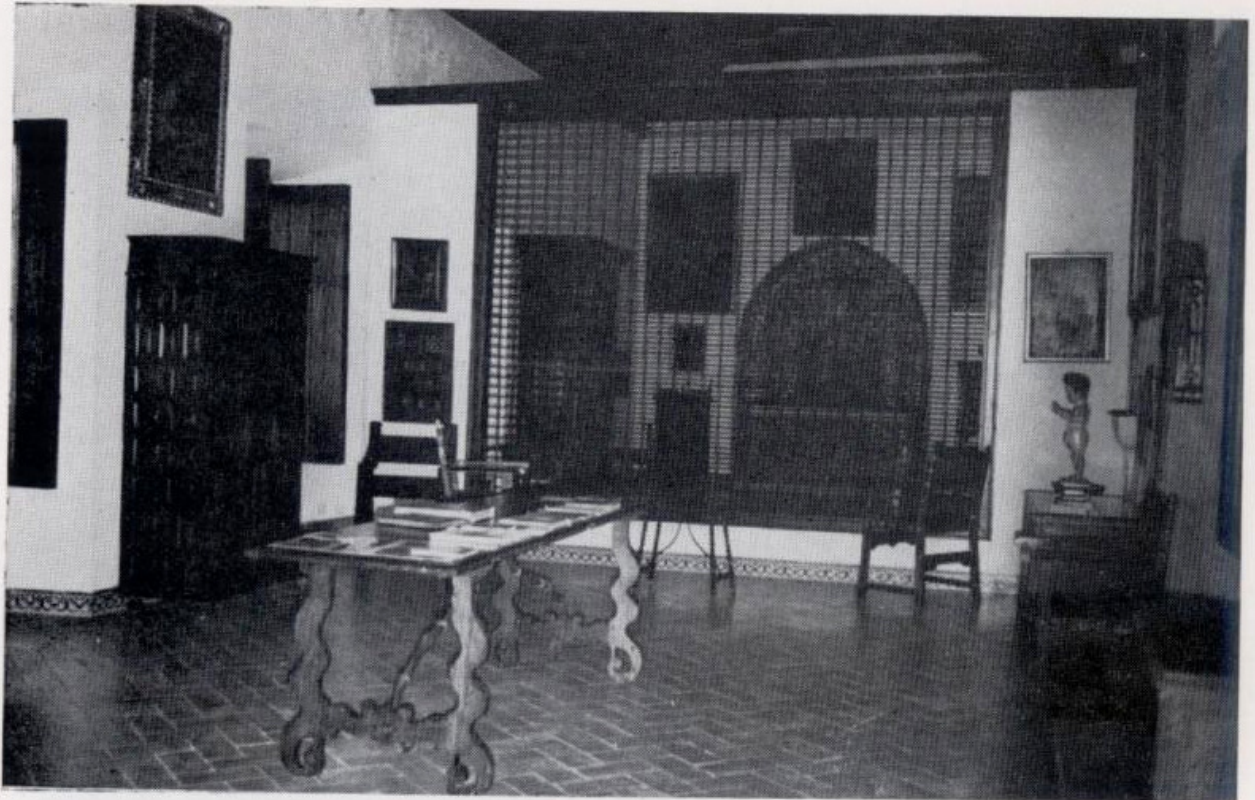
Lám. XIII.—José de Ribera. San Jerónimo.



Lám. XIV.—Cristóbal Ramos. Nacimiento.



Lám. XV.—Niño Jesús dormido.



Lám. XVI.—Vista del Museo.

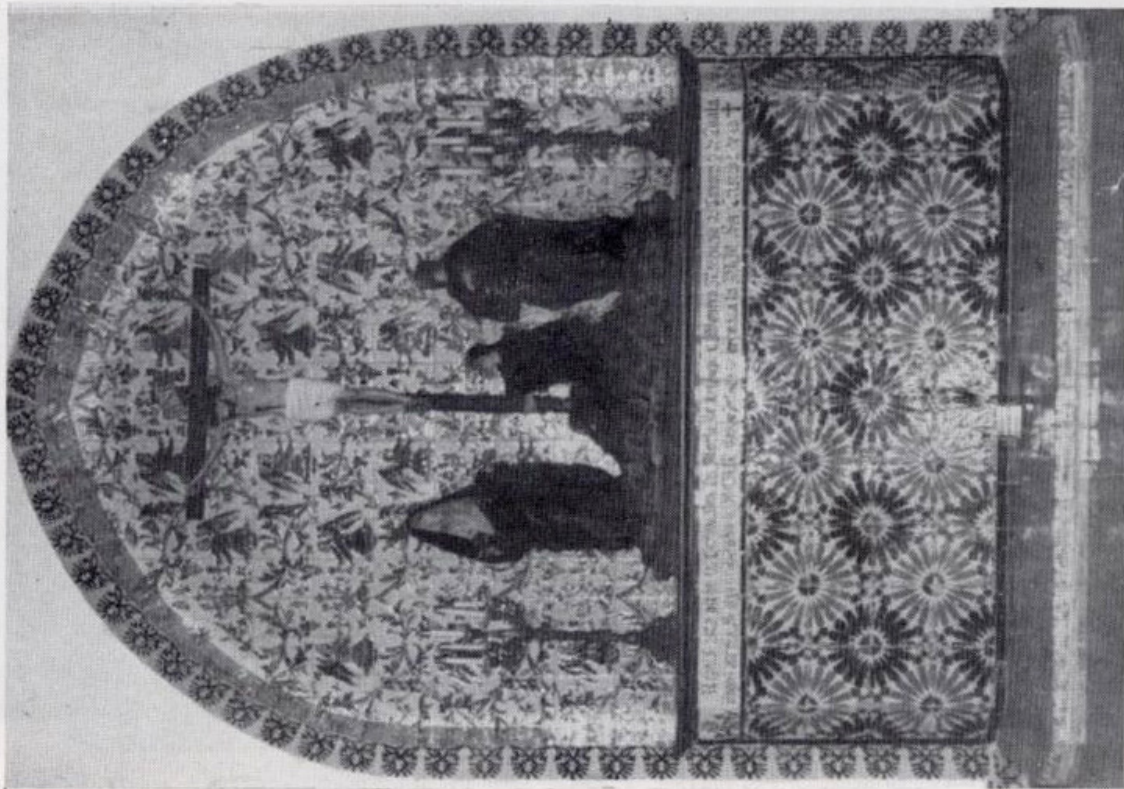




Lám. XVII.—José Risueño, San Juanito.



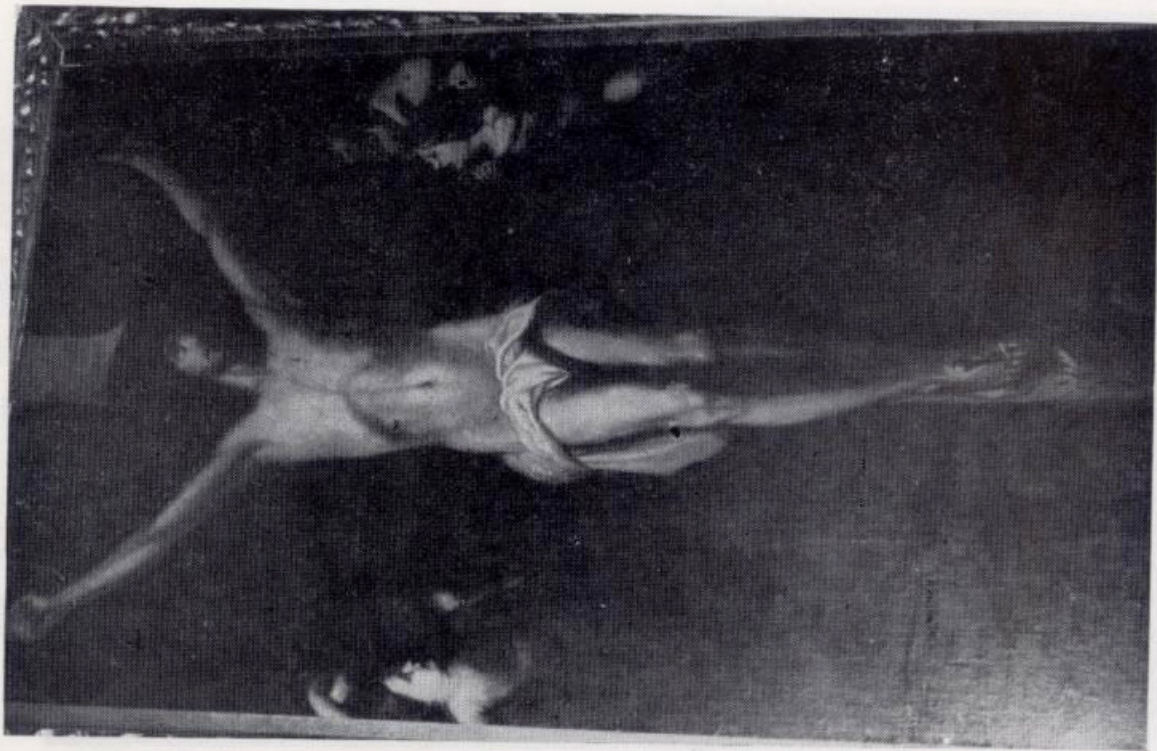
Lám. XVIII.—San Miguel.



Lám. XIX.—Retablo cerámico y Calvario de Escuela Sevillana.



Lám. XX.—José de Ribera. Adoración de los Pastores (fragmento).



Lám. XXI.—Crucificado.



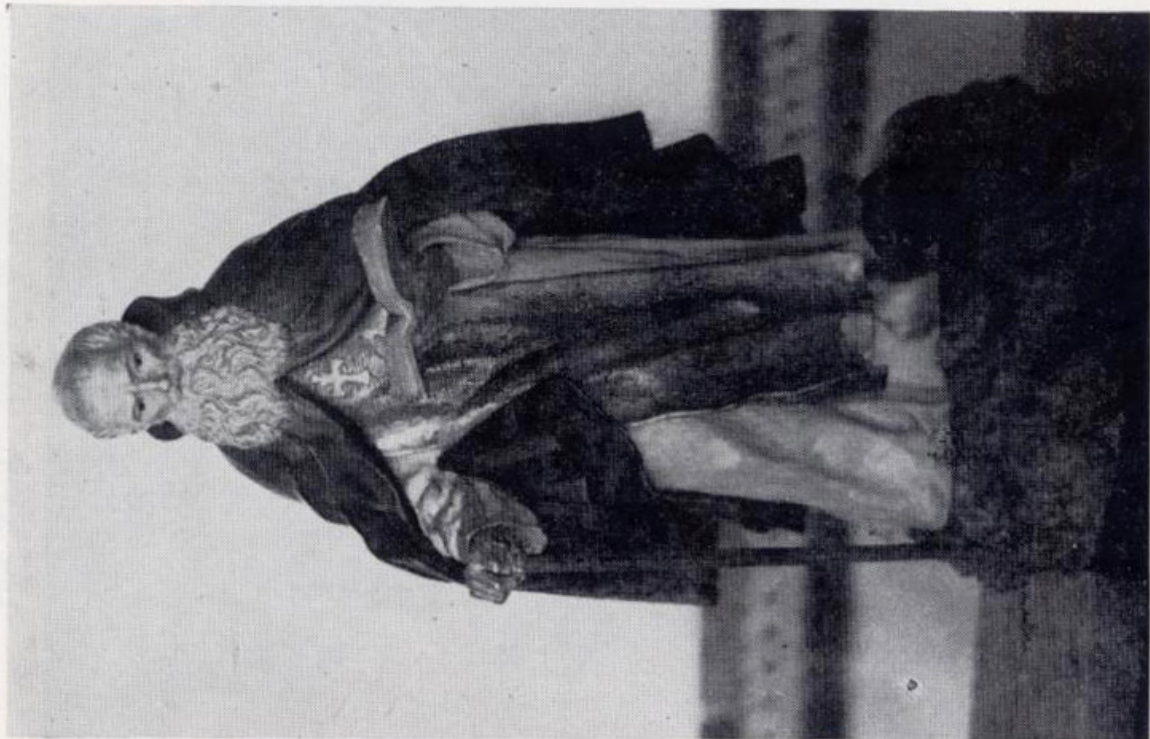
Lám. XXII.—Pedro de Mena. «Ecce Homo».



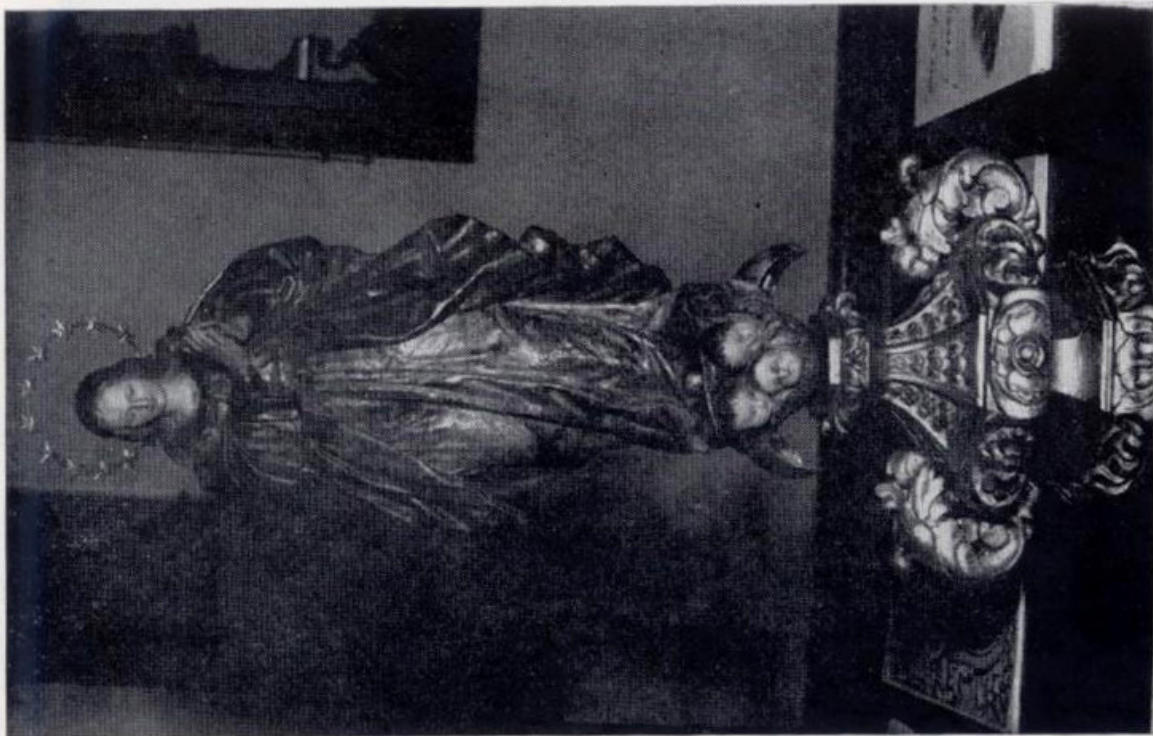
Lám. XXIII.—Pedro de Mena, Dolorosa.



Lám. XXIV.—Alonso Cano. San Juan Evangelista.



Lám. XXV.—Escuela Valenciana. San Antón.



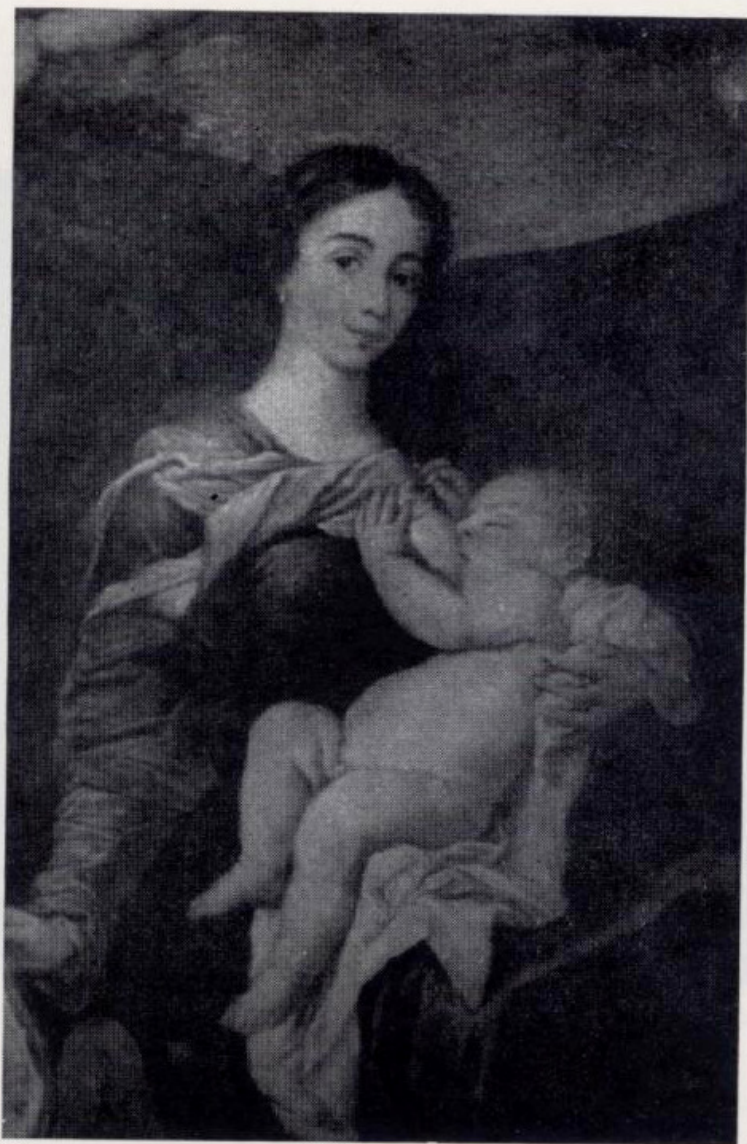
Lám. XXVI.—Alonso Cano. Inmaculada.



Lám. XXVII.—Relicario de bronce.



Lám. XXVIII.—Juan de Sevilla. Sagrada Familia.



Lám. XXIX.—Juan de Sevilla.  
Fragmento de la Sagrada Familia.



Lám. XXX.—Antonio de Pereda. San Jerónimo, penitente.